

Olga Acevedo tiene cosmovisiones proféticas que le sacuden la voz delicada hasta hacerla temblar de arcano, de porvenires movedizos y nefastos; pero de pronto surge la sensualidad tan llena de sabores de Salomón, y entonces comienza de nuevo a habitarnos el espíritu la belleza pagana del cristianismo: «Oh, dadme ya el hábito blanco y el ceñidor de esparto. Yo sola me ungiré de especias y óleos mágicos y me pondré el anillo de desposada» (pág. 41).

En la vía de selección de Rosamel del Valle, Olga Acevedo nos entrega un poema que es como un manojo de jaculatorias con néctar y mirra líricas, una oda cuyo remate es de una pleamar silenciosa y profunda, de alta esperanza para el ser: «Yo sé que adentro de la piedra y debajo del agua sumergida hay un canto dormido y un recogido vuelo solitario» (pág. 51).

Poblado de número, de ritmo, «Las Cábalas del Sueño» son capaces de acariciar la sangre.

«Y HABÍA LUZ DE ESTRELLAS», de *Carmen de Alonso*.
Ediciones Flor Nacional, 1951

En el prólogo se nos advierte que el cuento cuyo título ostenta el libro, alcanza el primer premio en concurso iberoamericano «Hernández Catá», propiciado por Cuba. Como estamos curados de espanto en estos achaques, no nos impresiona la noticia. Ni en Cuba ni en región conocida de Hispanoamérica se ha discernido galardones a los malos jurados, con que la opinión vulgar carece de padrón cierto para determinarlos.

Carmen nos ofrece media docena de relatos. En cada uno se advierten méritos que circundan más o

menos las mismas litaciones: algunos convencionalismos y debilidad en los remates. Prometen las narraciones en el dramatismo de los inicios, pero suelen ir adelgazándose hasta finar en poco.

La escritora ha de precisar, sin duda, con rotundidad el género que más conviene a su temperamento. Quizá la novela... Resaltarán, entonces, las buenas cualidades como la limpieza léxica y la sobriedad, al paso que han de obliterarse ciertos prejuicios que opacan algo de la «luz de estrellas».

«COIRÓN», de *Daniel Belmar*, Ediciones Zig-Zag, 1951

Con «Roblehuacho» y «Oleaje», Daniel Belmar obtuvo consagración inmediata. «Coirón» ha seguido las huellas de estos sucesos.

Como «La Noche en el Camino», de Durand y «Ránquil», de Ricardo Lomboy, esta *novela de la tierra*, y en particular del Neuquén, se hace sitio entre las esclarecidas.

Tiene entre muchas encomiables la característica eminente del sur: la sensibilidad con que acomete la inmensa poesía del agro. Las de «Coirón» son páginas de un artista de la prosa, las de un poeta que sabe sacar partido de la sonoridad y cadencia de los vocablos, de la imperfección durativa de los gerundios con que se sugiere la presencia real, y el patetismo melancólico y soledoso de la pampa.

Lo que predomina estéticamente en Belmar es la producción del aire novelístico, de la estructura o red vivencial en que se debaten largo los aciertos de asuntos y personajes, sin que escaseen las estrangulaciones o aguafuertes que producen el contraste y la movilidad enérgicos tan indispensables para el sudame-